

Juan Marín

Jornadas ceylanesas siguiendo la huella de Rama. El héroe del «Ramayana», hacia «Lanca», la resplandeciente



CUANDO visitamos Rameswaran, la «Isla Sagrada» tendida como un trampolín o un puente místico entre India y Ceylán, y estando a punto de partir ya de regreso a Nueva Delhi, los sacerdotes del Templo Ramana-thaswami nos condujeron una mañana con gran sigilo a un lugar semi-oculto en las costas de la isla y nos mostraron dos tumbas pre-históricas que muy pocos conocen.

—«Estas son las tumbas de Caín y Abel», nos dijeron. «Ellas atestiguan la veracidad de la leyenda que señala a Ceylán la «Lanka» de los antiguos autores arayos y pre-aryos, como sede del Paraíso Terrenal. Adán y Eva, al ser expulsados del Jardín del Edén, abandonaron la Isla por el llamado «Puente de Adán», cuyas piedras pre-históricas verá Ud. más adelante y vinieron a establecerse en esta Isla, que desde entonces es sagrada. Aquí tuvo lugar el gran crí-

men cuya sombra ensombrece hasta hoy la conciencia humana. El fratricida y su víctima yacen enterrados en este sitio, lado a lado. Lo que narran la Biblia y todos los «Libros Sacros» del Oriente, es verdadero, pero sólo a medias. Nosotros sabemos muchísimas otras cosas que la tradición de nuestro templo ha conservado. En realidad, la aventura de Rama, el héroe del «Ramayana», al cruzar este brazo de mar para ir a rescatar a Sita de manos del «Rey-Demonio» Ravana, ocultaba otros designios cuyo contenido no nos es dado revelar. Es como la aventura de Jasón y los «Argonautas» a la conquista del «Vello de Oro». Hay en estas gestas un sentido «exotérico» y otro «esotérico». Recuerde Ud. que Rama atravesó el canal por el mismo llamado «Puente de Adán», sobre el cual Hanuman y su ejercito de monos no hicieron sino agregar algunas piedras a los inmensos bloques que allí ya existían. En días despejados, puede Ud. ver desde este mismo sitio, un alto picacho que se perfila en el horizonte: es la «Montaña de Adán», célebre en Ceylán porque proyecta sobre el llano una sombra especial que las ciencias físicas no logran explicar. Esa sombra no es sino la gran mancha moral del «Pecado Original» que se materializa justamente en el sitio en donde el pecado tuvo lugar. ¿Por qué cree Ud. que, miles de años después, se cometió el más célebre parricidio de toda la Historia del Asia, en el corazón mismo de Ceylán? Lea Ud. la historia del parricida Kasyapa, el Orestes asiático devorado por las Furias en lo alto de la Colina Sigiriya, en el centro de la Isla: escrito estaba que una víctima habría de ser inmolada en ese mismo sitio y escrito también que años después, pasando por este mismo puente, su hermano Moggallana habría de ir a vengar la muerte del padre.

Agregue Ud. que la roca gigantesca de que está formada la Colina Sigiriya es uno de los tres grandes trozos de granito desprendidos del Monte Meru, «Pilar del Mundo» durante la lucha titánica de Adhishesa, el dios-serpiente, Rey de los Nagas, contra Vayu, el dios del Viento y las Tormentas, en los comienzos del Mundo. La Isla de Ceylán es tierra mística y encierra muchos misterios que la humanidad no conoce. En nuestros tiempos ha estado de moda—si así pudiera decirse—volver los ojos solamente al Himalaya y buscar en el Tibet las claves fundamentales de la sabiduría antigua. Se olvida que Ceylán es la verdadera cuna de las razas humanas y que es allí donde deberían buscarse esos secretos que desesperadamente se indagan en el Asia Central... Vaya Ud. a Ceylán, vaya a mirar con sus propios ojos y tocar con sus manos la noble tierra que vió el alba del hombre sobre el planeta emergiendo del caos primigenio».

Así hablaron los «sadhús» del Gran Templo de Rameswaran aquella mañana, frente a las tumbas monolíticas de Caín y Abel. Y escuchándolos, nosotros recordamos la sentencia de G. B. Shaw: «—Si no fuera irlandés tal vez yo elegiría ser un ceylanés, pues ese pueblo parecer ser el original del cual todos los demás no somos sino malas copias, producidas al por mayor, en serie...». Y pensamos que, puesto que ya hemos visto con nuestros ojos vagabundos, por lo menos dos supuestos «Jardines del Edén»: uno en el bello oasis de Damasco en Siria y otro en la meseta encantada de Kashemira al pie del Himalaya, nada perderíamos en la aventura de visitar este tercer «Paraíso Terrenal» que parece tener muchísimos más títulos de autenticidad que aquellos. En esto, por lo menos, coinciden, los venerables prestes del Templo

Ramanathaswami y el ilustre y matusalémico autor de «Juana de Arco», émulo de Shakespeare. Y así es como emprendemos las «jornadas ceylanesas», siguiendo la ruta de Rama y de Mahinda—vía Ramad y Palban—y contemplando desde nuestro suspendido ferrocarril las colosales piedras prehistóricas colocadas allí, sea por Adán mismo o por el dios-mono Hanuman durante el épico «Ramayana» que, como el poema homérico, gira en torno al rescate de una mujer hermosa, pero cuya significación mística va mucho más allá de una simple cuestión de faldas. Llegamos al embarcadero bajo una lluvia torrencial y luego una furiosa tempestad de rayos y truenos sacude nuestro barquito durante todo el trayecto mientras cruzamos el brazo de mar que separa a Ceylán del continente. Es este un buen augurio, según se piensa en Oriente, para quienes vamos empujados por un viento místico y profano a un mismo tiempo: el «Taoísmo» chino, como el «Sivaísmo» hindú asocian la idea de agua y viento con la creación y buenaventura, felicidad y abundancia. Nada hay más auspicioso en India y China que llegar a una nueva ciudad bajo una lluvia torrencial. Estas aguas convulsionadas del Golfo de Mannar son, pues, las mismas que vieron pasar a los colonos arayos hace tres mil años para fundar el Imperio Singhales y que, tres siglos antes de Cristo presenciaron el paso de los emisarios de Buda para predicar la nueva fe; es la ruta azul que transitaron Alejandro Magno y el peregrino chino Fa-Hien: de ambos se asegura que escalaron la «Montaña de Adán» en busca de claves que no revelaron—al revés de Moisés en el Sinaí—a los demás hombres; por aquí pasó Marco Polo que, como Ptolomeo, creía que «La Resplandeciente» era tan grande que sus costas llegaban hasta cerca del Africa,

y por aquí entró a la isla, Moggallana, esgrimiendo la espada vengadora contra el parricida Kasyapa. Y es este el mismo brazo de mar, ensombrecido hoy por la tormenta, que vió llegar las barcas de los árabes, las carabelas de los portugueses y los navíos holandeses y británicos, empeñados todos ellos por igual en afanes de comercio y religión, colonización y catecismo, elementos que aunque parezcan dispares, juntos han andado con harta frecuencia por el mundo. Y en tiempos mas recientes, «el Tigre» Clemenceau y David Lloyd George, aquí vinieron a reposar de las fatigas creadoras después de alumbrar el castillo de naipes o el feto multi-céfalo de la «Liga de las Naciones».

EL REMOTO PASADO

El hombre paleolítico habitó Ceylán, según lo prueban los recientes y reiterados hallazgos de las cuevas pre-históricas, en las montañas centrales de la isla. Pero, históricamente hablando, no se pone pie firme en Ceylán sino con la llegada de los arayos. ¿Quiénes fueron los habitantes pre-arayos de «la Resplandeciente»? ¿Cómo llenar este inmenso trecho de Historia que va del paleolítico a la Era singhalesa? Hay hipótesis: se cree que la misma raza pre-arya que colonizó el Deccan, en la India, pobló también Ceylán. Pero, ¿quiénes eran estos colonizadores? ¿De dónde llegaron hasta aquí? En el «Ramayana» se les describe como una raza de «demonios». La cosa no tiene nada de extraordinario, pues no de otra manera describían los cronistas españoles a los indios de México y Sud-América y el calificativo de «natives» que los ingleses han aplicado y aplican a sus razas coloniales tiene igual o aun acaso mayor sentido peyorativo que

el calificativo de «demonios» aplicado por el autor del «Ramayana» a Ravana y sus súbditos. Pero, dejando de lado estas consideraciones, entremos a Ceylán con los primeros arayos: alrededor del año 500 A. C., la primera migración araya tuvo lugar viniendo desde la India: según algunos desde lo que hoy es Calcuta, según otros desde la actual Bombay o sus alrededores. La encabezaba Vijaya y lo acompañaban apenas setecientos hombres. Eran los lejanos descendientes de los mismos colonizadores que, mil años antes, habían descendido por los valles del Indus y del Oxus hacia las planicies del Ganges y la Tierra de los Cinco Ríos: el Punjab. Venían desde el Asia Central, hablaban el sánscrito y adoraban el «fuego Sagrado» Afgni, ofreciendo «soma» en sus altares. Pero, en Vijaya y su puñado de hombres acaso no quedaba ni el recuerdo de los hombres que escribieron los «Vedas» y los «Upanishads» y su piel no era ya rubia tampoco como la de sus ilustres ancestros sino que se había pigmentado en la mezcla con los «dhasyus» y «tamiles» pobladores de la India. Más de mil años había tardado el descenso de los arayos a lo largo del continente de Bharat o India. Y en diez siglos no sólo se borran muchas cosas de la memoria sino que se pierde hasta el color de la piel. Sea como fuere, el hecho es que Vijaya y su puñado de valientes, del mismo modo que Cortés en México y Pizarro en Perú, con decisión y audacia conquistó un imperio. O mejor dicho, fundó un Imperio. Porque, la Dinastía Singhalesa (de donde deriva el nombre de Ceylán: Singhal) reinó sin interrupción desde el siglo V A. C. hasta el siglo XVI D. C. que vió la llegada de los portugueses. Después de los Singhaleses, reinaron por corto tiempo los Reyes Kandyas (en Kandy, en lo alto de las montañas, en el

centro de la Isla), hasta el año 1815, en que las intrigas británicas obtuvieron la cesión de la Isla a la Corona de S. M. Británica. En estos 2,500 años de historia, Ceylán ha estado siempre amenazada del lado de India: su historia ha sido escrita en función o con referencia a India, según lo prueba ya la leyenda del épico «Ramayana» que, al fin de cuentas no es sino la narración fabulosa de una invasión de Ceylán por los hindúes de la raza «solar» de Rama o mejor dicho aún, la expedición punitiva para castigar una incursión ceylanesa en India. Bajo las grandes dinastías de los Cholas y los Pandyas de la India Meridional, Ceylán sufrió serias y frecuentes invasiones de su territorio: su brazo de mar, como el Canal de la Mancha o como ciertos trechos del Mediterráneo, no ha sido siempre invulnerable. Y esta es una verdad que rige y que hay que entender en dos sentidos, pues, si bien es efectivo que casi siempre era del lado de India que soplaba la marejada invasora, ocasiones hubo en que el contraataque fué coronado de éxito: tal es el caso de los reyes singhaleses Dutugemunu (161-136 A. C.) y Bahu «el Grande» (1158-1186 D. C.), quienes llevaron la lucha al corazón mismo del territorio de India y pasearon sus armas victoriosas por la rica región que es hoy Madura, Tinnivelly, Trichinopoly y Tanjore. Pero, naturalmente, estos casos son la excepción y fué casi siempre Ceylán quien llevó la peor parte en los conflictos: el rey Rajendra I, el gran rey Chola, constructor del incomparable Templo Gangai-Konda-Chola-Puram, llegó a tener toda la Isla de Ceylán bajo su cetro conquistador. Y digamos desde luego que, no sólo los arayos o sus descendientes hindúes, realizaron esta clase de empresas: también hubo migraciones del pueblo «tamil» (raza que pobla-

ba parte del sur de la India desde mucho antes de la llegada de los arayos), quienes llegaron a fundar un reino tamil, autónomo, con Jaffna como capital, en el norte de la Isla.

Los colonizadores arayos eran, naturalmente, de religión brahmánica y con ellos viajó a la Isla Encantada todo el Panteón brahmánico: Siva y Vishnu, Brahma y Ganessa, Surya y Kartikeya, etc. Y también los dioses arayos propiamente tales: Agni, Varuna, Vayu, etc. Pero estos cultos no fueron de larga duración. En el año 247 A. C., el Emperador Asoka «el Grande», de India, convertido al Budismo y transformado en el abanderado de la nueva fe envió a su hijo Mahinda a predicar el «Dharma» de Sakyamuni en Ceylán. Al hacerlo, no sabía que estaba escribiendo Historia en el más alto sentido de la palabra y que con ello sellaba la suerte futura del Budismo universal y cambiaba la fisonomía espiritual del Asia. Pues, el Budismo derrotado y exilado de su patria de origen—India—en siglos posteriores, sobrevivió en el exilio, fructificó allende este brazo de mar que Mahinda cruzó un día por la misma ruta del «Puente de Adán» que nosotros hemos recorrido y Ceylán fué la cuna que nutrió la forma más pura del Budismo originario: la secta Hinayana, llamada también de la Pequeña Cesta o Pequeño Vehículo. Reinaba en Anuradhapura el Rey Tissa, de la Dinastía Singhalesa, quien fué el primero en convertirse a la nueva religión, recibiendo a los enviados de Asoka con todos los honores humanos y divinos. Se produjo así en Ceylán una revolución espiritual de profunda significación política y social. Como dice el «Dipawansa» o «Crónica ceylanesa», en lengua «pali»: «Mahinda llegó con cuatro compañías a la muy excelsa Isla de Lanka, estableció firme-

mente allí la fe de Buda y liberó al pueblo de sus cadenas». Lo cual en buenas cuentas significa que, el Budismo al entrar en Ceylán, modificó de raíz el rígido sistema brahmánico de castas y creó la unidad del pueblo ceylanés hasta nuestros días. Aquello que la enseñanza del Gautama no logró realizar en India—o que solo realizó temporal y parcialmente—consiguiólo de modo estable y casi completo en Ceylán. Las ciudades de Anuradhapura y Pollonaruwa, junto con pregonar la gloria que fué Lanka, muestran al mismo tiempo la honda influencia que el Budismo ejerció sobre el arte ceylanés: es el tema búdico el que domina sin contrapeso en todas las manifestaciones de ese arte que los hallazgos arqueológicos recientes han estado sacando a luz.

Los griegos y los romanos estuvieron también en Lanka, de la misma manera que estuvieron en la costa de Coromandel y de Malabar en toda la India del Sur: monedas griegas y romanas han sido desenterradas en numerosos sitios de la costa singhalesa. Igual cosa sucedió con los árabes que aquí tuvieron bases marítimas importantes para su comercio con las distantes playas de China, cuando el descubrimiento del régimen de los «monsoones» les permitió emprender largas navegaciones desde las orillas del Mar Rojo hasta Hangchow y Cantón.

Pero, en el año de 1506, una tempestad echó sobre las playas de la edénica Isla, un barco portugués que pasaba hacia el Lejano Oriente; y este acontecimiento, al parecer sin importancia, marca el comienzo de una nueva era en la vida de Ceylán: con aquel puñado de náufragos que la población acogió con muestras de la mayor hospitalidad, tal como la fe de Buda se los enseñaba, se abre la era «colonial» o «imperia-

lista» en Ceylán. Los lusitanos regresaron a su patria y contaron las maravillas de aquella tierra de la abundancia y la riqueza: nuevas expediciones siguieron en el curso de pocos años y en 1597, el rey Felipe I de Portugal proclamó su soberanía sobre el Reino de Kotte, en las zonas de la costa de la Isla. Dicha soberanía no terminó sino en 1658, cuando los holandeses desplazaron a los lusitanos, para ser, a su turno, eliminados por los ingleses en 1795, fecha en que el Gobierno de S. M. Británica se anexó todos los «establecimientos» holandeses de Ceylán. Hasta el año 1802, la «colonia» era administrada desde la India, por el Gobernador de Madras, pero en ese año y considerando la importancia que Ceylán y su comercio (té, caucho, etc.) habían adquirido para la metrópolis, la administración fué transferida a Londres. Pero subsistía mientras tanto el «Reino Independiente» de Kandy en las montañas. En 1798, al extinguirse la línea real hereditaria de los reyes Singhaleses de Kandy, un príncipe perteneciente a la Dinastía Nayak—del Sur de la India, aunque nacido en Ceylán—fué coronado Rey: la nobleza singlalesa opuso resistencia a esta nueva dinastía que, con razón, juzgaba poco leal al pueblo ceylanés y excesivamente simpatizante con Inglaterra. Los hechos les dieron la razón: Gran Bretaña aprovechó de esta coyuntura y mediante sutiles artes de diplomacia e intriga, obtuvo en 1815 la «cesión» completa de toda la Isla a la Corona Británica. Con ello se consumó definitivamente el régimen «colonial» sobre la antigua Lanka, que no ha venido a recobrar su libertad sino en 1947, cuando el Gobierno Laborista de Gran Bretaña, obligado por los acontecimientos y movido por el ritmo de la Historia, debió dar inde-

pendencia a Ceylán junto con India, Pakistán y Burma.

LOS POBLADORES Y LA TIERRA

Los «singhaleses» forman las dos terceras partes de la población de 6.700,000 habitantes del país: ellos constituyen los 4.300,000 budistas que forman la base espiritual de la nación.

Son ellos los descendientes de los antiguos arayos convertidos a la fe de Buda; son hindúes pero debemos considerarlos en capítulo aparte del 1.300,000 hindúes provenientes de las migraciones ocurridas durante las Dinastías de los Cholas y los Pandyas. De éstos, 800,000 son «tamiles», esto es, descendientes de aquellos inmigrantes que formaron el antiguo Reino Tamil del norte de la Isla, núcleo que ha jugado enorme papel en el desarrollo industrial, agrícola y político de la nación. En cuanto a religión, estos «tamiles» son en su mayor parte, hindúes (no budistas), pero, no se mezclan en matrimonio con los hindúes singhaleses, a pesar de profesar la misma religión. Hay también en Ceylán, 600,000 cristianos—muchos de ellos se cuentan entre los «tamiles»—descendientes de aquellos convertidos por los portugueses al Catolicismo y por los holandeses al Protestantismo. Y hay, también, finalmente, 430,000 musulmanes llamados «moros» con el nombre que los portugueses les dieron y que era el nombre dado en la Península Ibérica a los árabes del norte de Africa. ¿Quiénes son estos «moros»? Evidentemente los descendientes de los antiguos árabes, casados entre ellos y con los musulmanes de la India del Sur. A comienzos del siglo VIII, cuando el andariego cronista árabe Ibn Batuta visitó Ceylán,

encontró nada menos que a la ciudad de Colombo gobernada por un «Vizir» islámico, quien guardaba su palacio con una guardia pretoriana de soldados abisinios. ¡No se puede pedir mayor internacionalismo en una época tan distante! La tierra es plana en la costa y en el norte y montañosa en la región sur-central, con picachos que llegan a más de 7,000 pies. Su forma es muy típica y para los holandeses la comparación más exacta era con «un jamón de Westfalia». Números ríos y lagos y la abundancia de lluvias hacen de ella una de las regiones más fértiles de la tierra.

Produce arroz, cocos, té y caucho. Después de India es Ceylán el mayor productor de té del mundo y como productor de caucho cede lugar solamente a Malaya e Indonesia. Desde antiguos tiempos la Isla ha sido también famosa por sus piedras preciosas: zafiros, rubíes, alexandritas, aguamarinas y amatistas. Sus relaciones comerciales son principalmente con Gran Bretaña: es el capital británico el que domina en la economía del té y del caucho ceylanés. Industrialmente, como todos los países que han estado bajo dominación inglesa, Ceylán está bastante atrasado. El alimento principal de la población es el arroz y casi toda la producción de este grano es absorbida por el consumo interno. El clima varía entre el calor húmedo de las zonas bajas y el aire deliciosamente fresco y oxigenado de las montañas. Kandy, a 72 millas de Colombo y a una altura de 2,000 pies de altura, es un lugar al cual se peregrina en busca de salud y belleza; también para revivir la historia y para adorar a Lord Buda. Se puede ir a Kandy por tren o por auto: hemos ido en automóvil, recorriendo un camino al cual la palabra paradisíaco no le va larga ni excesiva. A ambos lados de la ruta, la sinfonía verde de la selva se expan-

de y eleva en un aleluya orquestal y lagos azules reflejan las nubes viajeras del cielo tropical; a la distancia se extienden las achocolatadas terrazas de los arrozales «de agua» («paddy fields») y más lejos, a manera de telón de fondo, se recortan los picos grisáceos de las altas montañas. Elefantes que trabajan en la ruta o cerca de ella, acarreando trozos de madera y ramas de la jungla, son un encuentro frecuente en la jornada. Los villorrios y casitas que marginan el camino tienen ese aire de limpieza y alegría que es propio de los pueblos que disfrutan de un relativo bienestar económico. A pocas millas de Kandy—y antes de llegar a la cima—encuéntranse los Jardines Botánicos Reales de «Peradeniya», rodeados por tres de sus costados por el río Mahawelli Ganga, el más grande de toda la Isla: todas las especies floreales y arbóreas que la imaginación pueda concebir, han sido reunidas en este maravilloso jardín que es una fiesta para los ojos fatigados de urbes y de factorías. Es aquí que, durante la Guerra pasada, Lord Luis Mountbatten tuvo establecido su Cuartel General para toda el Asia Sur Oriental. Pero, Kandy es además uno de los grandes centros del Budismo universal: en pleno corazón de la villa y junto al lago, se encuentra el célebre templo «octogonal» de Patṭirippura, depositario de la más preciosa reliquia búdica del mundo entero: el diente de Buda. Es esta reliquia a que hace de Kandy la «Mecca del Budismo universal». El templo es feo y vulgar en sus apariencias externas y no puede compararse con otros monumentos búdicos del mundo y de Ceylán y ni siquiera con el magnífico Templo Circular, todo de recio granito, en que la misma reliquia estuvo guardada durante tantos siglos, en el centro del Lago Sagrado de Pollonaruwa. Sin embargo, conven-

cidos de que no son las apariencias sino el meollo de las cosas lo que vale, los devotos de Sakyamuni siguen viniendo aquí, constantemente, por centenas y millares, para adorar el—célebre diente, el que—según cuentan quienes han tenido el honor de contemplarlo—mide dimensiones extraordinarias para ser un diente humano. La reliquia yace celosamente guardada dentro de un casquete de oro, plata y piedras preciosas, cuya forma se asemeja extrañamente a una dagoba aunque pudiera también confundirse con un «lingam» sivaico. Una vez al año—a fines de julio o comienzos de agosto—se celebra la «Perahera» o «Procesión del Diente de Buda»: la reliquia es sacada en su casquete, del interior de los siete santuarios que la protegen es paseada por las calles de Kandy «la Real» a lomo de elefantes ornamentados y en un cortejo en que participan músicos y bailarinas, prestes y príncipes del Asia.

Regresamos a Colombo, sin haber visto la «Perahera» ya que no es la fecha que corresponde, pero no sin haber paseado nuestra mirada admirativa y escrutadora por todas las bellezas de la antigua Ciudad Real en donde la agonizante Dinastía Singhalesa vino a refugiarse cuando las ciudades de la costa y del llano no le ofrecían ya suficientes garantías.

Colombo, la actual capital, tiene todo el sabor exótico de las ciudades orientales, pero muestra al mismo tiempo la huella que Europa ha marcado sobre ella a lo largo de cinco siglos de dominación. En el centro del actual barrio «del Puerto», allí donde los navíos vuelcan sobre las calles centenas de turistas armados de cámaras fotográficas y filmadoras, estuvo la vieja «Fortaleza» construída por los portugueses, asaltada y reconstruída cien años después por los ho-

landeses y vuelta a asaltar a fines del siglo XVIII por los ingleses. Hay barrios con típico aspecto lusitano, otros que, como su nombre mismo lo indica, son holandeses y el aspecto general de la ciudad muestra esa cosa indefinible que es el color «victoriano» de sus calles, plazas y edificios, color que es más bien una falta de color, cierto desabrimiento y formalismo esencialmente británicos. Pero, la fuerza de la raza nativa triunfa por sobre todas estas taras: la ciudad es simpática porque las gentes singhalesas son simpáticas, sus mujeres morenas son hermosas y llenas de gracia, hay magníficos hoteles, bellas playas, calles limpias con tiendas y almacenes bien provistos, policiales amables, rapaces inteligentes, hombres fornidos y laboriosos. La «metrópoli del té», que es también el gran bazar mundial de las piedras preciosas, es una de esas ciudades en que, a pesar del clima cálido y húmedo, se siente la alegría de vivir.

LA ROCA SIGIRIYA Y EL PARRICIDA KASYAPA

La roca Sigiriya, al pie de la cual detenemos nuestro automóvil hirviente y polvoriento, es, según ya hemos dicho, uno de los tres fragmentos desprendidos del Monte Meru, «Pilar del Mundo», durante la titánica lucha de Adhishesa, el «dios-serpiente» con Vayu, señor de las Tormentas. Pero esto aconteció en la prehistoria, cuando, como ha dicho un autor, «los dioses andaban aún entre los hombres». Mientras que el drama que ahora nos interesa es cosa más reciente y ocurrió a mediados del siglo V de nuestra Era, cuando había ya cronistas y letrados por docenas para narrar el suceso. Reinaba el rey Dhatusena, de la Dinastía Singhalesa, quien tenía dos esposas: una bella pero de

bajo origen y otra fea pero de noble estirpe. Un hijo varón había nacido de cada una de ellas y el hijo de la primera había heredado de su madre la belleza, pero era torpe y de alma torcida, mientras que el hijo de la segunda era feo, pero de generoso corazón y gran inteligencia. La hija única del Rey había sido dada en matrimonio al Jefe de los Ejércitos Reales, quien tenía una madre cruel y villana que desde el primer instante concentró toda la fuerza de sus odios sobre la infortunada muchacha. Torturas físicas y morales ejercía la suegra sobre la bella y dulce princesa, pero ésta callaba sin decir una palabra ni a su padre ni a su esposo. Hasta que una vez la muchacha se presentó a palacio mostrando la huella todavía fresca de los azotes recibidos de manos de su suegra. El Rey, herido en carne viva, tanto en su orgullo real como en sus sentimientos paternales, hizo traer a su presencia a la harpía y ordenó que fuera quemada viva, a fuego lento en uno de los patios del Palacio Real. El Comandante en Jefe de los Ejércitos Reales, al saber la noticia, decidió vengar la muerte de su madre, pero no en liza abierta—cosa que no le era posible—sino por intermedio de tercera persona. Dió la casualidad que él y el hijo bello y malo del Rey habían sido amamantados por la misma nodriza y se querían como hermanos. Mediante una sabia y tenaz persuasión, logró el General convencer al mal príncipe que el Rey pensaba dejar el trono a su hermano. Y el príncipe, cuyo entendimiento era débil y cuya alma era ruin no vió otro camino que el parricidio y la usurpación del trono. Así lo hizo. Y el viejo Rey Dhatusera fué emparedado vivo en uno de los muros de Palacio. El buen hijo, viendo el peligro en que se encontraba frente a las fuerzas coaligadas del usurpador con el Jefe de los

Ejércitos Reales, huyó clandestinamente a India: su nombre es Moggallana. Durante dieciocho años recorrió incansablemente las regiones del Sur del continente levantando un ejército con el cual recuperar para sí el trono de Lanka y castigar al asesino de su padre. El parricida asumió mientras tanto el trono con el nombre de Kasyapa (478-496 D. C.). Preso en la red de los remordimientos de su sombría conciencia y temeroso de ver aparecer un día el brazo vengador del buen hermano, Kasyapa se refugió en lo alto de la Colina Sigiriya, construyendo en ella la más maravillosa fortaleza-palacio que existe tal vez en el mundo entero. Con un tesón y un ímpetu dignos de mejor causa, el tirano alzó en la cima y en el espesor mismo del granito milenario, un palacio, templos, estanques y reservorios de agua, muros y escalas, túneles y ocultos pasadizos y vastas salas labradas en la roca viva, depositarias de algunas de las más bellas obras de arte que el mundo antiguo nos ha legado.

Las pinturas murales de Sigiriya sólo tienen rival en los célebres frescos de Ajanta, India. Pero, a diferencia de éstas, no son obras de arte religioso sino puro arte pagano, lúbrico y sensual, de un refinamiento y una maestría incomparables. Aquí vivió el Orestes asiático tratando de ahogar en los placeres del harem los fantasmas del crimen cometido. Hasta que sonó la hora del castigo: un día los vigías vieron avanzar por la planicie un poderoso ejército que se desplegaba para poner sitio a la ciudadela fortificada. El horizonte se mostraba oscuro de lanzas y de arcos y la tierra resonaba lúgubrementemente bajo el estampido de las patas de los caballos y de los elefantes y de las ruedas

de los carros de guerra. Era Moggallana «el Vengador» que regresaba, tal como lo había prometido, a pedir cuentas por la muerte de su padre. Kasyapa, que había construido toda esta admirable e imbatible fortaleza justamente para resistir el asedio de un ejército hostil como era ahora el caso, perdió la calma: sus remordimientos lo empujaban a la muerte, el cadáver empotrado en los muros del palacio de Adhunarapura lo llamaba con voces de ultratumba. En lugar de encerrarse en su inalcanzable trinchera de granito, el usurpador descendió con su ejército y afrontó combate en la planicie; una profecía le había dicho que moriría bajo el brazo vengador de su hermano. El combate duró desde la salida del sol hasta el crepúsculo y al ver su ejército diezmado y en fuga, Kasyapa se cortó por sí mismo la cabeza con un solo tajo de su espada. Así terminó este drama shakespereano de Ceylán antiguo. Mas, como el arte no es cosa que siempre tenga necesariamente que ver con la moral, Kasyapa «el Parricida» nos ha legado en su refugio de Sigiriya uno de los mayores tesoros artísticos del Asia antigua. En particular, mencionemos la célebre galería de retratos de mujer que adornan los muros de una de las salas del palacio, veintiuna imágenes de mujer que no se sabe a quién pertenecieron, quiénes son ni qué relación tuvieron con el tirano. De tamaño natural y sin más ropajes que el muy leve fragmento de un tul o simplemente una flor entre los dedos de la mano, estas adorables mujeres de Sigiriya han sido y son motivo de inspiración para muchos poetas de Oriente. Gracia y belleza semejante no hemos visto sino en algunas estatuillas de China o en algunas esculturas de los templos indios de Kajhura. Las figuras de Ajanta y Elefanta (en India) son bellas

pero trascienden un sentido místico: ellas representan a los «bodhisatwas», «apsaras» y «raginis» del mundo celestial descendidas entre los hombres. Mientras que aquí en Sigiriya, las figuras son simplemente mujeres, mujeres hermosas y refinadas que tanto pueden ser las damiselas del harem de Kasyapa como las bayaderas reales o aún sus propias esposas, inmortalizadas por un anónimo y genial artista.

Cuando descendemos del peñón maldito, la escarlata del crepúsculo baña los flancos de la colina e inunda las aguas del lago artificial que hay a su pie. Y todo reverbera con un tono púrpura que habla de la garganta cortada del parricida, del cuerpo achicharrado de la suegra cruel y del cuerpo emparedado del noble Rey-padre. Es como si todo un coro de Sófocles y Esquilo se hubiera puesto en marcha a la caída del sol y viniera desde más allá del horizonte a danzar una ronda de aquelarre en torno a la roca siniestra. Y sin mirar atrás, nos alejamos del lugar antes que anochezca, temerosos de que los espectros se materialicen y nos cierren el paso a través de la llanura desértica que en la soledad nocturnal ha de evocar en paisaje de la Luna o de Saturno.

LAS CIUDADES ENTERRADAS. EL MISTERIO DE LAS «PIEDRAS DE LUNA». GALLE Y LOS TESOROS DEL REY SALOMÓN

Una de las más grandes atracciones de Ceylán es el de sus arcaicas ciudades que, como Angkor-Vat en Indochina, Chichen-Itza en México, Copan en Honduras, etc., sólo hace muy pocos años han sido rescatadas del manto de jungla y tierra que las recubría. Muchos son los sitios de importancia arqueológica

que Lanka «la Resplandeciente» ofrece al investigador; pero, entre tantos ellos, dos son las grandes «ciudades reales» desenterradas del olvido: Anuradhapura y Pollonaruwa.

Anuradhapura fué, según ya vimos, fundada en el siglo V. A. C. por el nieto de Vijaya, el primer colonizador aryo, tronco de la Dinastía Singhalesa. Fué aquí que, en el año 245 Antes de Cristo, el Rey Devanampiya-Tissa recibió a Mahinda, hijo del Emperador Asoka «el Grande» venido en misión evangelizadora a la Isla. Aquí fué que el Rey y su Corte se convirtieron al Budismo y con ellos la inmensa mayoría del país abrazó la nueva fe del Gautama. Durante doce siglos, con la sola excepción de los dieciocho años que Kasyapa «el Parricida» trasladó el trono a lo alto de la Roca Sigiriya, Anuradhapura fué la capital del reino de Singhal. Sus ruinas hablan con elocuencia del fervor religioso budístico que conmovió a la Isla a partir del siglo III A. C. (templos, monasterios, stupas, estatuas colosales de Buda, etc.) y entre ellas la más preciada es el árbol del «Bo», plantado allí con gran ceremonia por la Princesa Sanghamitta, hija de Asoka, que, raso el cabello y vistiendo el hábito de una «sanyasini», llegó a la capital ceylanesa acompañando a su hermano Mahinda. Este árbol multicentenario de Anuradhapura, es originario de una rama del auténtico «Arbol de Bodhi-Gaya» bajo cuya sombra Sakyamuni tuvo su «Iluminación», cerca de Benares en India. Se comprende, pues, el inconmensurable valor místico que el mundo budista atribuye o concede al «Arbol de Anuradhapura», comparable al que el mundo judío-cristiano atribuye a la «zarza ardiente» de Moisés en el Monte Sinaí. Las stupas o «dagobas» de Anuradhapura son célebres no sólo por

su antigüedad sino por sus dimensiones colosales: algunas de ellas hay más voluminosas que las Pirámides de Egipto; célebres son también sus estatuas de los «reyes-serpientes» («Naga-Raja»), adorados aquí como en India con anterioridad a la llegada de los arios, y sus estanques y sus palacios en ruinas.

Como trabajo de arte puro o arte místico-científico, lo más importante que encontramos en la vieja ciudad de los Singhales es una «Piedra de Luna»: la más bella y mejor conservada de todas cuantas hasta ahora han sido halladas en Ceylán: de forma semicircular y grabadas en disposición de semicírculos concéntricos, estas piedras contienen diversas escenas de oscura interpretación, mostrando a los cuatro «animales de la Luna», que simbolizan los cuatro cuadrantes lunares, en diversas actitudes y posturas. No se sabe si el arcaico culto de las «Nagas» o «serpientes de agua» estuvo aquí asociado con el culto y calendario lunar, de los cuales estas piedras serían herméticos documentos.

En el siglo VIII D. C., las invasiones de los «Tami-les» provenientes de la India Meridional por una parte y los estragos de la malaria por otra, obligaron a los monarcas singhaleses a mover su capital a Pollonaruwa, más al interior y a mayor altura en la Isla. Esta capital floreció durante seis siglos (desde el VIII hasta el XIV D. C.), pero su nombre va generalmente asociado—como el de Atenas con Pericles—con el del rey Parakrama «el Grande», también llamado «Babú el Grande», quien en el siglo XII D. C. no sólo unificó bajo su cetro poderoso toda la Isla sino que paseó sus armas invictas por el corazón de la India del Sur. Babú «el Grande» es el gran señor del medioevo ceylanés, el Carlo Magno y el César Borgia al mismo tiem-

po de su pueblo: entre las colosales estatuas de Buda que la picota del arqueólogo ha desenterrado en esta capital, una estatua colosal hay, labrada en el alto flanco de una montaña de granito, estatua que el pueblo ha llamado «El Sabio de Pollonaruwa». El personaje allí representado tiene el aire solemne y grave de un Confucio o de un Sócrates y se cree que es el Rey Babú mismo, quien quiso pasar a la posteridad como filósofo y no como guerrero.

Aparte de las dos capitales nombradas hay un antiquísimo puerto ceylanés que ha jugado papel en la historia de la Isla. Su nombre es Galle y está situado a 72 millas al sur de Colombo. Galle es el célebre «Tarshish» de la Biblia a donde es fama que venían las barcas reales del refinado Salomón en busca de marfil para su Templo y pavos reales y monos para los jardines de los palacios en que la Reina de Sabá paseaba sus hastíos. Pero el puerto de Galle no sólo tentó el interés del rey-poeta de los «Cantares» sino también muchos otros: los nautas fenicios de Byblos y de Tyro, las barcas Faraónicas desde los puertos del Mar Rojo, navegantes de la Arabia pre-islámica, de la Persia zoroástrica, de la China Imperial, llegaban hasta aquí en demanda de productos que Lanka «la Resplandeciente» ofrecía, entonces como hoy, al mundo. Con mucho mayor razón llegaban hasta Galle los mercaderes de la vecina India y de la no distante Java. El puerto de Galle ofrece una de las bahías más amplias y mejor abrigadas contra tifones y monzones de todo el Oriente: los portugueses y los holandeses lo fortificaron sucesivamente cuando se apoderaron de él y los ingleses reforzaron a su turno tales fortificaciones. La «Fortaleza» lusitana, al revés de la de Colombo no ha sido demolida de modo que nos es

dato admirarla en toda su romántica belleza. ¡Qué tesoro de emociones y leyendas no evocan estos viejos muros y estas iglesias donde yacen los huesos de los viejos Conquistadores europeos! Eran los tiempos en que Europa era dueña de los mares y de los continentes: mientras España, por un lado, enviaba sus galeones a las Indias Occidentales y el oro y la plata entraban en sus arcas reales por el ancho cauce de Sevilla y de Cádiz, Portugal y Holanda de otro lado—seguidas luego por Inglaterra y Francia—exploraban las costas fecundas del Asia. Era el tiempo en que nacían los imperios «blancos» alzados sobre el sudor y la sangre de los pueblos morenos. La evocación es romántica, mas la realidad fué—y aún es en algunas partes del mundo—ruda y cruel. Pero, la Historia marcha y nadie hay que pueda volver atrás el reloj del Tiempo. La era del «colonialismo» y de la explotación despiadada de los «indios» del Asia y de los «indios» de América, ha pasado ya. Y si bien es cierto que aun se escucha rumor de cadenas sangrantes en algunas partes del mundo, la verdad es, sin embargo, que la liberación se va efectuando con un ritmo rápido e inexorable. Y aquí volvemos a nuestro «rendez vous» con Ceylán liberado, con el Ceylán de hoy, limpio y sano, orgulloso de su libertad recién ganada tal como somos orgullosos de nuestra libertad los pueblos de la América Hispana.

Desde Adán y sus hijos Caín y Abel hasta hoy, la pequeña Isla Encantada ha recorrido un buen trecho de vida. Se trata de una de esas naciones jóvenes, pero inmensamente viejas al mismo tiempo, ubicadas hoy en el cruce de caminos de la Historia. Budista—y por ende pacífica y caritativa—por doctrina, arya por cultura, asiática por raza y por geográfico imperativo,

británica por superficial educación, Ceylán es como una una verde guitarra en que resuenan diversas melodías. Su destino será el destino del Asia en general y de India en particular: hacia el progreso y la técnica occidentales sin olvidar la sabiduría y tradiciones de su glorioso Pasado.

India, 1950.